

D.^a ALFONSA. Sabráslo.
 DON LUCAS. ¿No me lo dirás?
 D.^a ISABEL. No puedo.
 DON LUCAS. Isabel, á la litera.
 Alfonso, el coche está puesto;
 Pedro, el rucio está ensillado,
 en Cabañas nos veremos.
 D.^a ALFONSA. Quejas, que muero de amor.
 D.^a ISABEL. Iras, que rabio de celos.
 DON LUCAS. Honra, que andáis titubeando.
 DON PEDRO. Dudas, que andáis discurriendo.
 DON LUCAS. Pero yo lo sabré todo,
 que entre bobos anda el juego.

JORNADA TERCERA

Salen DON ANTONIO y DON LUCAS.

DON LUCAS. (*Dentro.*) Ten ese macho, mulero,
 que es un poquillo mohíno. (*Salen los dos.*)
 DON ANTONIO. ¿Dónde fuera del camino
 me sacáis?
 DON LUCAS. Hablaros quiero.
 DON ANTONIO. ¿Pues á qué nos apartamos
 del camino? ¿Qué queréis?
 DON LUCAS. Suegro, ahora lo veréis.
 DON ANTONIO. Ya estamos solos.
 DON LUCAS. Sí estamos.
 ¿Viene el coche?
 DON ANTONIO. Se quedó
 más de una legua de aquí.
 DON LUCAS. ¿Queréis escucharme?
 DON ANTONIO. Sí.
 DON LUCAS. ¿Habéis de enojaros?
 DON ANTONIO. No.

DON LUCAS. ¿Oís bien?
 DON ANTONIO. ¿No lo sabéis?
 DON LUCAS. Quiero hablar quedo.
 DON ANTONIO. Hablad quedo
 DON LUCAS. Últimamente, ¿puedo
 hablar á bulto?
 DON ANTONIO. Podéis;
 ¿tenéis que hablar mucho?
 DON LUCAS. Mucho.
 ¿Replicaréis cuando yo
 estuviere hablando?
 DON ANTONIO. No.
 DON LUCAS. Pues escuchad.
 DON ANTONIO. Ya os escucho.
 DON LUCAS. Yo soy (señor don Antonio
 de Contreras) un hidalgo
 bien entendido, así, así,
 y bien quisto, tanto cuanto:
 soy ligero, luchador,
 tiro una barra de á cuatro,
 y aunque pese cuatro y libra,
 á más de cuarenta pasos.
 Soy diestro como el más diestro,
 espléndidamente largo,
 por el principio atrevido
 y valiente por el cabo.
 De la escopeta en las suertes
 salen mis tiros en blanco,
 y puedo tirar con todos
 cuantos hay del rey abajo.
 Canto, bailo y represento,
 y si me pongo á caballo,
 caigo bien sobre la silla,
 y della mejor si caigo.
 Si en Zocodover toreo,
 me llaman el secretario
 de los toros, porque apenas
 llegan cuando los despacho.
 Conozco bien de pinturas,
 hago comedias á pasto,

y como todos también
 llamo á los versos trabajos.
 No soy nada caballero
 de ciudad, soy cortesano,
 y nací bien entendido
 aunque nací mayorazgo.
 Pues mi talle no es muy lerdo,
 soy delgado sin ser flaco,
 soy muy ancho de cintura,
 y de hombros también soy ancho.
 Los piés así me los quiero,
 piernas así me las traigo,
 con su punta de lo airoso,
 y su encaje de estebado.
 Yo me alabo, perdonad,
 que esto importa para el caso,
 y no he de hallar quien me alabe
 en un campo despoblado.
 En fin, discreto, valiente,
 galán, airoso, bizarro,
 diestro, músico, poeta,
 jinete, toreador, franco;
 y sobre todo teniendo
 de renta seis mil ducados,
 que no es muy mala pimienta
 para estos veinte guisados;
 salgo á que Isabel merezca
 estas gracias en sus brazos,
 que nunca pensé por Dios
 venderme yo tan barato;
 y hallo que con vuestra hija
 me distes por liebre gato.

DON ANTONIO. Advertid, que sois un necio.

DON LUCAS. ¿No me oiréis?

DON ANTONIO. No he de escucharos;
 mataros era más justo.

DON LUCAS. Señor mío, no lo hagamos
 pendencia; escuchad ahora,
 y vamos al cuento.

DON ANTONIO. Vamos.

DON LUCAS. Lo primero envié á decir,
 que saliese con cuidado
 de Madrid, y se pusiese
 una máscara al recato.
 Y ella se puso por una
 media mascarilla, tanto,
 que se le vió media cara
 desde la nariz abajo.
 Lo segundo os supliqué,
 que no viniérais, enviando
 de que á Isabel admitía
 un recibo ante escribano.
 Y os vinisteis no sabiendo
 que yo he de vestirme llano,
 pues la tela de mujer
 no há menester suegro al canto.
 Lo tercero, luégo al punto
 que me vió, se fué de labios,
 y me dijo mil requiebros
 por mil rodeos extraños.
 Y una mujer, cuando es propia
 ha de andar camino llano,
 que no ha de ser hablador
 el amor que ha de ser casto.
 Más, arguyó con mi primo,
 daca el trato, toma el trato,
 con que se le echa de ver
 que es tratante á treinta pasos.
 Luégo le dijo y le daba,
 sin haberla nunca hablado,
 los requiebros en mi nombre,
 y en causa propia la mano.
 Mas un don Luís se ha venido
 amante zorrero al lado
 por vuestra señora hija,
 muy modesto, aunque muy falso.
 Y en Illescas esta noche
 hallé á mi primo encerrado
 en la sala de Isabel,
 y hoy, que á examinarle aguardo,

pregunto, ¿qué fué la causa
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo,
y vos nombraréis sagrado?
Y díjome, que allí oculto
estuvo, por ver si acaso
don Luís hablarla intentara,
para que su acero airado
feriara á venganzas nobles
aquellos celos villanos.

DON ANTONIO. ¿Y habló con don Luís?

DON LUCAS. No habló;

pero es caso temerario,
que haya de andar un marido
si la ha hablado ó no la ha hablado.
¿Por una mujer, y propia,
he de andar yo vacilando,
pudiendo por mi persona
tener mujeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí;
mujer que se haya criado
en Toledo es lo que quiero,
y aunque naciese en mi barrio.
Mujer criada en Madrid,
para mí, propia, descarto,
que son de revés las unas,
y las otras son de Tajo.
Y, en efecto, don Antonio,
sólo vengo á suplicaros
que os volváis á vuestra hija
á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella
aunque me hicieran pedazos:
solos estamos los dos,
nadie nos oye en el campo.
Volveos á misa Isabel
á Madrid, sin enojaros,
que esto es entre padres y hijos,
que es algo más que entre hermanos.
Y en llegando las sospechas

á andar tan cerca del casco,
en siendo los suegros turbios
han de ser los yernos claros.

DON ANTONIO. Por cierto, señor don Lucas,
que un poco antes de escucharos
os tuve por majadero;
pero no os tuve por tanto.
¿Sabéis con quién habláis?

DON LUCAS. Si;

dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

DON ANTONIO. Con ella habéis de casaros
ú os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra cuántos
digan que á casar se vino?

DON LUCAS. ¿Y qué dirán los criados
que han sabido que don Luís
la anda siguiendo los pasos?

DON ANTONIO. Don Luís camina á Toledo.

DON LUCAS. ¿Pues cómo van tan de espacio,
yendo Isabel en litera
y él en mula?

DON ANTONIO. ¿No está claro
que es por llevar compañía,
y no ir solo?

DON LUCAS. Ese es el caso,
que por no ir solo á Toledo
quiere ir acompañado.

DON ANTONIO. ¿No decís que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

DON LUCAS. Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor si hablaba
con él.

DON ANTONIO. Pues desengañaos,
y logre esta diligencia
quietudes á vuestro engaño.
¿Si no es cómplice en su amor,
por qué queréis indignado

pagarla en vilés castigos
cuánto debéis en halagos?
Don Luís está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado,
y yo quedo con la queja
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente,
que, vive Dios, que me espanto,
que no tengáis entre esotras
la falta de ser confiado.

DON LUCAS. ¿Cómo no? sí tengo tal,
que no soy tan mentecato,
que no sepa que merezco
más que él esto y otro tanto;
pero dícame mi primo,
que es un poco más cursado,
que las mujeres escogen
lo peor.

DON ANTONIO. Pues consolaos,
que no tenéis mal partido
si es verdadero el adagio.

DON LUCAS. Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir que estoy llano
á casar con vuestra hija,
ya yo estoy desengañado;
pero si acaso don Luís,
amante dos veces zaino,
vuelve á hacerse enconradizo
con nosotros, no me caso.

DON ANTONIO. Pues yo admito este partido.

DON LUCAS. Yo vuestro precepto abrazo.

DON ANTONIO. Pues esperemos el coche
en este camino.

DON LUCAS. Vamos.
Así, don Antonio, aviso,
que si hubiere algún engaño
en el amor de don Luís,
que si él entra por un lado
á medias, como sucede
con otros más estirados,

me habéis de volver al punto
cuanto yo hubiera gastado
en mulas, coche, litera,
gastos de camino y carros,
que no es justicia ni es bien,
cuando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto y yo del gasto.

DON ANTONIO. Dios os haga más discreto.

DON LUCAS. No haga más, que ya ha hecho harto. (*Vanse.*)
(*Dentro ruido de cascabeles y campanillas, y representan todo lo que se sigue dentro.*)

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Arre rucia de un puto, arre beata.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Dale, dale, Perico, á la reata.

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Oiga la parda, cómo se atropella.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Arre mula de aquel, hijo de aquella.

CABELLERA. (*Dentro.*) Va una carrera, cocherillo ingrato.

CAMIN. 1.º (*Dentro.*) ¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

CABELLERA. (*Dentro.*) ¿Á dónde va el patán en el matado?

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Á buscar voy á tu mujer, menguado.

CABELLERA. (*Dentro.*) Dígame, ¿si va á vella,
cómo va tan espacio?

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Tal es ella.

DON ANTONIO. (*Dentro.*) ¿Y él no deja á sus hijos con el cura?

OTRO CAMIN. (*Dentro.*) Pára, que aquí hay montón.

CABELLERA. (*Dentro.*) ¿Pues qué hay?

TODOS. Basura.

MÚSICA. (*Dentro.*) *Moquetas de la Corte, todo es caminar,
unas van á Huete y otras á Alcalá.*

CABELLERA. (*Dentro.*) Pára, cochero, el coche se ha volcado.

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) El cibicón del coche se ha quebrado.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Pues, ¿qué importa?

ANDREA. (*Dentro.*) ¡Qué lindo desahogo!

D.ª ALFONSA. (*Dentro.*) ¡Sáquenme á mí primero, que me
[ahogo!

CABELLERA. (*Dentro.*) Paren esa litera.

COCHERO. (*Dentro.*) Pára, pára.

ANDREA. (*Dentro.*) Quebróse la redoma de la cara.

Salen DOÑA ISABEL Y ANDREA.

D.ª ISABEL. Volcóse el coche.

- ANDREA. En hora mala sea.
 D.^a ISABEL. Don Pedro saca á doña Alfonso, Andrea:
 ¿Qué espero? ya su amor se ha declarado.
 ANDREA. ¿Si la dará otro mal como el pasado?
 D.^a ISABEL. ¿Cómo mis iras se hallan más templadas?
 ANDREA. Previniéndola están dos almohadas,
 en tanto que aderezan una rueda.
 D.^a ISABEL. ¿Queda más que saber?
 ANDREA. Aún más te queda.
 D.^a ISABEL. Ya doña Alfonso en ella se ha sentado.
 ANDREA. Don Pedro en la litera te ha buscado,
 y como no te halla yo recelo
 que te viene á buscar.
 D.^a ISABEL. Pues vive el cielo,
 que yo no le he de hablar.
Salen DON PEDRO y CABELLERA.
 DON PEDRO. Oye, detente.
 no quieras...
 D.^a ISABEL. Déjame.
 DON PEDRO. Tan impaciente
 malograr mi verdad.
 D.^a ISABEL. No hay quien la crea.
 DON PEDRO. Ruégala que me escuche, amiga Andrea.
 Abona tú mi fe.
 D.^a ISABEL. Nada te abona.
 CABELLERA. ¡Enternécete, dura Faraona!
 DON PEDRO. Iras y pasos detén.
 D.^a ISABEL. Cruel, diestro engañador,
 que amagas con el amor
 para herir con el desdén:
 ¿quién es tan ingrato, quién?
 ¿quién fué tan desconocido,
 que por haber conseguido
 una tan fácil victoria
 resucite una memoria
 con la muerte de un olvido?
 Y pues tus engaños veo,
 delincuente el más atroz,
 ¿para qué hiciste á tu voz
 cómplice de tu deseo

si sabes que no te creo,
 si conoces mi razón?
 ¿por qué quiso tu pasión
 (viendo que es mayor agravio)
 hacer delincuente al labio
 de lo que erró el corazón?
 Y ya que tan falso eras,
 y ya que no me querías,
 dí, ¿para qué me fingías?
 ¿pídote yo que me quieras?
 Tu amor hicieras, y fueras
 poco fino; sólo un daño
 sintiera mi desengaño;
 mas tal mis ansias me ven
 que mucho más que el desdén
 vengo á sentir el engaño.
 No me hables, y mis enojos
 menos airados verás,
 que se irritan mucho más
 mis oídos que mis ojos;
 quiero vencer los despojos
 de mi amor, si te oigo á veces,
 y tanto al verte mereces,
 que aunque has fingido primero,
 sólo miro que te quiero,
 y no oigo que me aborreces.
 Mas vete, que he de argüir,
 cuando me quiera templar,
 que á mí no me puede amar
 quien á otra sabe fingir;
 ya yo te he llegado á oír,
 que á tu prima has de querer,
 y aquel que llegare á ser
 en mi amor el preferido
 aun no ha de decir fingido
 que procura otra mujer.
 Á Alfonso dices que quieres,
 á mí dices que me adoras,
 por una, fingiendo, lloras,
 y por otra, amando, mueres;

¿pues cómo, si no prefieres
 tu voluntad declarada,
 creará mi pasión errada,
 cuando la tuya es fingida,
 que soy yo la preferida
 y es Alfonsa la olvidada?
 Pues témplese este accidente,
 que no es justicia que acuda
 á una tan difícil duda
 un amor tan evidente;
 porque es muy fácil que intente,
 menos airado y más sabio,
 siendo tan grande el agravio
 á vista de mis enojos,
 dar lágrimas á mis ojos
 que evidencias á tu labio.
 Quiere, adora á Alfonsa bella,
 y sea yo la olvidada,
 porque ya estoy bien hallada
 con tu olvido y con mi estrella.
 Yo soy la infelice, y ella
 quien te merece mejor,
 y pues tuve yo el error
 de haberte querido, es bien
 que pague con el desdén
 lo que erré con el amor.
 Y vete ahora de aquí,
 porque no es justicia, no,
 que tenga la culpa yo
 y te dé la queja á ti.

DON PEDRO. Hermosa luz por quien ví
 alma por quien animé,
 deidad á quien adoré,
 no hagas con ciega venganza
 que pague tu desconfianza
 lo que no ha errado mi fe.
 Deja esa pasión que dura
 en tus sentidos inquieta,
 y no seas tan discreta
 que no creas tu hermosura;

tú misma á ti te asegura,
 imagínate deidad,
 y crearás mi verdad,
 usa bien de tus recelos,
 y cría para estos celos
 por hijo á la vanidad.
 Á doña Alfonsa prefieres,
 bien como al lirio la rosa,
 ¿mas qué importa ser hermosa
 si no presumes lo que erés?
 Sé como esotras mujeres,
 ten contigo más pasión,
 haz de ti satisfacción,
 sé divina más humana,
 que á ti para ser más vana
 te sobra más perfección.
 Esa prudente advertencia
 con que tu pasión me ayuda,
 es buena para la duda,
 mas no para la evidencia:
 ella dijo en mi presencia
 que tú en su cuarto has estado
 anoche, que la has hablado;
 ¿pues cómo, si esto es verdad,
 con toda mi vanidad
 sosegaré á mi cuidado?
 ¿Y cuando eso fuera, dí,
 dí, cuando con ella estabas,
 no te oí decir que amabas
 á doña Alfonsa?

D.^a ISABEL.

DON PEDRO. Es así.
 D.^a ISABEL. ¿Tú no lo confiesas?
 DON PEDRO. Sí;
 mas fingido mi amor fué.
 D.^a ISABEL. ¿Y cuando te pregunté
 á cuál de las dos querías,
 por qué no me respondías?
 DON PEDRO. Oye por qué.
 D.^a ISABEL. Dí por qué.
 DON PEDRO. Porque es grosería errada,

nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada;
bástela verse olvidada
sin que oyese aquel desdén,
bástela quererte bien
sin que al ver desprecio tal
la venga á pagar tan mal
porque me quiso tan bien.
D.^a ISABEL. Pues galán no quiero ahora
que por no dejar corrida
á aquella de quien se olvida,
no hace un gusto á la que adora;
vete.

DON PEDRO. Escúchame, señora,
que agradezca, no te espante,
ver que me ame tan constante;
pero á ti te he preferido.

D.^a ISABEL. Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

DON PEDRO. Oye, señora, y verás.

D.^a ISABEL. No he de oírte.

DON PEDRO. Aguarda, espera.

CABELLERA. Don Luís abrió la litera,
y mira si en ella estás.

DON PEDRO. ¿Y ahora también dirás
que no te tiene afición?

D.^a ISABEL. Daré la satisfacción.

DON PEDRO. Tampoco te he de creer.

D.^a ISABEL. ¿Quieres echarme á perder
con los celos mi razón?
Pues no ha de valerte, no,
despreciarle pienso aquí.

DON PEDRO. ¿Yo he de escucharle?

D.^a ISABEL. Sí.

Don Luís.

DON LUÍS. (*Dentro.*) ¿Quién me llama?

D.^a ISABEL. Yo.

ANDREA. Él viene acá, ya te oyó.

D.^a ISABEL. Escóndete entre esos ramos.

CABELLERA. La satisfacción oigamos.
D.^a ISABEL. Yo he de quedar con recelos,
y tú has de quedar sin celos.

CABELLERA. Ven, señor, que llega.

DON PEDRO. Vamos.

Escóndense, y sale DON LUÍS.

DON LUÍS. Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,
como otras veces solía,
á consagrar vida y alma:
á ser escarmiento vengo
de mi amor, á ser venganza
de tu desdén, á ser duda
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruel, al paso que blanda,
que me matas con los celos,
y con el desdén me halagas;
yo soy el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso,
y aquel soy á quien agravias,
el que como el girasol
aspiró tus luces tardas,
el que anoche en tu aposento
logró, nunca los lograra,
de tu labio más favores
que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
á tan fingidas palabras,
encubridora la noche
secretamente mediaba,
cuando un sí llegó á mi oído,
llegó un premio á mi esperanza,
recójome á mi aposento,
y cuando pensé que estaba
don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,

oigo en otro cuarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo (¡ay Dios!) que con don Pedro
tu fe y mi lealtad agravias;
¿para esto me diste un sí?
¿para esto, dime, premiabas
un amor que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
no quiero ya tus favores,
logre don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra;
bastan tres años de enigmas,
tres años de dudas bastan,
desengañenme los ojos
con ser ellos quien me engañan;
ya el sí que me diste anoche
no le estimaré.

D.^a ISABEL. Repara
que yo no te he hablado anoche;
¿dónde ó cómo?

DON LUÍS. Ya no falta
sino que también me niegues
que me diste la palabra
de ser mi esposa; si piensas
que la he de admitir te engañas.

D.^a ISABEL. ¿Yo te hablé anoche?

DON LUÍS. ¿Eso niegas?

D.^a ISABEL. Mira...
DON LUÍS. ¿Mis celos, qué aguardan?

Sólo vengo á despedirme
de mi amor: quédate, falsa;
tus voces ya no las creo,
tu amor ya me desengaña:
á Madrid vuelvo corrido,
vuélvase el alma á la patria;
del desengaño hallé el puerto:
¿quién navegó en la borrasca?
Razón tengo, ya lo sabes,
celos tengo, tú los causas,

y si dudosos obligan
averiguados agravian.

D.^a ISABEL. Espera...

DON LUÍS. Voyme.

DON PEDRO. ¡Ah cruel!

D.^a ISABEL. Mira...

DON LUÍS. Déjame, traidora.

(Vase.)

Salen DON PEDRO y CABELLERA.

DON PEDRO. Pídeme celos ahora
de doña Alfonsa, Isabel;
habla ¿qué te has suspendido?
no finjas leves enojos,
dí que no han visto mis ojos;
dí que está incapaz mi oído,
resuelto á escucharte estoy;
¿qué puedes ya responder?
¿con qué has de satisfacer
mis celos?

D.^a ISABEL. Con ser quien soy.

DON PEDRO. ¿Pues cómo puedes negar
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luís en tu aposento?
Respóndeme.

D.^a ISABEL. Con callar.

DON PEDRO. Isabel ingrata, dí,
(¡fuego en todas las mujeres!)
¿cómo niegas que le quieres?

D.^a ISABEL. Con decir que te amo á ti.

DON PEDRO. ¿No entró?

D.^a ISABEL. Á callar me sentencio,

un bronce obstinado labras.
DON PEDRO. ¿No crees tú mis palabras,
y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intenta
mar que embozó la tormenta
con la quietud de la calma:
ingrata la más divina,
divina más rigurosa,
purpúrea á la vista rosa,